

RÚBEN DARÍO EN LA ISLA DE ORO

POR

CARLOS D. HAMILTON

Darío no ha recibido todavía el real homenaje debido a los clásicos de una literatura: el estudio completo y profundo de su obra. Se ha escrito muchísimo, demasiado, sobre el poeta «chorotega con manos de marqués»; pero entre eso hay mucha hojarasca, mucha anécdota no siempre traslucidora de la verdad honda y leyendas más o menos negras, insultantes para su mejoría de gran artista y de pobre hombre atormentado.

Entre esas leyendas, está la de la «superficialidad» puramente esteticista de Darío y de su movimiento modernista, frente a la ideología profunda del 98 español; y luego aquellas otras de que el poeta, como Poe, encontraba mayor inspiración en el alcohol, y la de la falta de sinceridad en sus convicciones religiosas.

Contra la primera leyenda, afirmaba don Miguel de Unamuno: «Le aconsejaban —a Darío— las *eternas e íntimas* inquietudes del *espíritu* y ellas le inspiraron sus más *profundos*, sus más íntimos poemas. No esas guitarradas que se suele citar cuando de su poesía se habla, eso de «la princesa está triste»..., o lo «del ala leve del leve abanico», que no pasan de cosquilleos a una frívola sensualidad acústica...» (1).

«Es muy común —decía yo en otro lugar (2)— encontrar entre los comentadores del Modernismo, a los que sólo piensan en el Darío, «muy siglo dieciocho», elegante, lujoso, versallesco, cosmopolita, ligero; pero olvidan la otra fase, la más honda, de mayor profundidad filosófica, de énfasis en el tema americano, y de creciente seriedad formal, desde sus *Cantos de vida y esperanza*. Y si se estudian seriamente los poemas posteriores y los póstumamente publicados, como la despedida «A Francisca», se puede observar no una «decadencia», como blasfemó alguien, sino una desnudez que va ganando en fuerza de expresión sincera, tanto más sentida y pura cuanto más se va despojando de adornos reverberantes».

(1) MIGUEL DE UNAMUNO: *La ofrenda lírica a Rubén Darío*. Madrid, 1916.

(2) CARLOS D. HAMILTON: *Nuevo lenguaje poético: de J. A. Silva a P. Neruda*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1965; p. 37.

El mismo Rubén llama la atención a los miopes lectores o críticos, cuando dice en sus «Dilucidaciones» a *El canto errante*: «Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra... La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica... Resumo: La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte» (3).

Ciertamente el gran modernista mexicano Enrique González Martínez no hablaba de Darío ni del modernismo—como quieren hacer creer algunos—cuando oponía el sabio búho a la gracia del cisne que «pasea su gracia más pero no siente» el alma del paisaje. Precisamente una de las creaciones del modernismo, y de Darío, es la manera profunda de tratar el paisaje; no solamente presintiendo en el paisaje un alma; sino, más aún, expresando la íntima y mística—misteriosa—comunidad del alma y el paisaje.

El compatriota de Darío, Julio Icaza Tigerino, tiene razón cuando nos dice que «el paisaje que Rubén pinta directamente con su rica paleta de poeta, el paisaje que lleva en sus pupilas y en su alma, el que le presta sus colores y el que evoca en sus momentos de inspiración, el paisaje en que su pluma se solaza, se regocija y se entusiasma, es el paisaje tropical de su tierra nicaragüense»..., como en «Naturaleza tropical», una prosa no publicada en libro, que Icaza cita y de la cual justamente afirma que de ella arranca «la vigorosa prosa telúrica de *La vorágine y Canaima*»... (4).

Pero hay otros paisajes, si se quiere «menores», en la obra y en el alma de Darío: paisajes de Francia y de Chile, de Argentina y de Castilla, naturalmente no tan metidos en su alma como «el nicaragüense sol de encendidos oros» de su «Nicaragua natal»; pero a los que también canta y de los que recibe voces y colores para sus cantos.

Uno de esos paisajes, un sereno paisaje «junto al mar latino» tuvo tal fuerza de purificación para el alma del poeta enfermo y triste sin ya más primavera que cantar..., que llegó a hacer estallar en él una crisis religiosa y moral, en una accidentada y atormentada «conversión», no tan distante de la del «Pauvre Lélian»: el paisaje de Mallorca. En ese escenario romántico y sano, y en los días de abstinencia del vino, en la gimnasia de una lucha moral sincera, Rubén Darío escribió sus más límpidas páginas y preparó su espíritu para el acorde final.

(3) RUBÉN DARÍO: *Obras completas*. Aguilar. Madrid, 1952; pp. 777-778.

(4) JULIO ICAZA TIGERINO: *Los nocturnos de Rubén Darío*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1965; p. 101.

Rubén Darío realizó tres viajes a las islas Baleares. Su primera estadía en Mallorca se prolonga de enero a abril de 1906. Luego va como miembro de la Delegación de Nicaragua a la Tercera Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, donde compuso la «Salutación al Aguila». Visita Argentina y a sus amigos de *La Nación* y regresa a Madrid y a París. En enero de 1907, el poeta regresa a Palma de Mallorca, a los avejentados cuarenta años de su vida neurasténica, en busca de paz y de salud. Visita entonces la cueva del místico mallorquín Ramón Lull; recuerda los tristes amores del pobre físico inmortal Chopin con *George Sand*, en la isla; vive en un chalet rodeado de pinos, en donde escribe «La canción de los pinos», uno de sus poemas más bellos; y prepara su libro *El canto errante*, mientras baña sus ojos y su neurastenia en el limpio azul mediterráneo. El mismo año vuelve a París, hace un viaje triunfal a Nicaragua y regresa a Madrid como embajador de su patria. Pronto dejan de llegar a tiempo los sueldos para sostener su fasto diplomático y se retira a vivir pobremente en París.

En 1910, el año del Centenario de Argentina, Chile y México, Darío va como diplomático a México. Pero cae el gobierno amigo de Nicaragua y el poeta pasa unos meses en Cuba, Buenos Aires y París. En 1913, en el mes de agosto, comienza la péfida explotación de los hermanos Guido: su fatal gira de *Mundial*. Falsos amigos lo explotan y exhiben, por capitales de Europa y de América, como a una gran águila enferma. A fines del año 1913, hastiado, cansado y quebrantado física y moralmente, abandona el loco París de sus amores y regresa a la beatitud de su Isla de Oro. Es una suprema peregrinación del gran poeta y del pobre hombre, con el afán desesperado de salvar su vida, las vidas, la temporal y la eterna.

Después de su visita a la Cartuja de Valldemosa, Darío se hace coser un hábito blanco que viste, y en el que posa para Zuloaga. El hábito es símbolo, para el poeta, de sus anhelos místicos. Porque, nauseado de Babilonias, Darío piensa seriamente encerrarse con sus remordimientos y sus esperanzas, en el claustro de paz, para limpiar su vida en el silencio penitente.

El demonio del alcohol y sus ímpetus paganos vuelven al asalto de la pobre alma tan noble y tan débil. Siente remordimientos, padece de amnesia temporal, y corre a la Cartuja para confesar, llorando, sus pecados. En el camino de regreso de Valldemosa a Palma, desciende del coche que lo conduce y, de rodillas, reza un Padre nuestro fervoroso, en mitad del camino. Pero, igual que su maestro

Verlaine, recae en las garras del vicio que lo va matando. Arturo Torres-Rioseco (5), comenta: «Parece que todos los momentos místicos de su existencia hubieran resucitado en estos días en una divina concentración y el poeta marchara en éxtasis por la vida. Pero como en el caso de Verlaine, blasfemo y místico, sus buenos propósitos, sus momentos de luz no duraban y otra vez volvía a buscar: «esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal de pensar».

Es el eco autobiográfico en «Lo fatal»:

*Feliz el árbol que es apenas sensitivo,
y más la roca dura, porque ésa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.*

LA POESÍA DE LA ISLA DE ORO

La poesía escrita por Darío en Mallorca es distinta. Especialmente en los poemas escritos en los veinte días de abstención del alcohol, entre el 5 y el 25 de diciembre, tienen una lucidez, una claridad armoniosa, una perfección formal, una serenidad balsámica, sobre las heridas de su crisis desgarradora, como no pueden encontrarse en todo el resto de su obra.

El escritor Juan Sureda y su mujer pintora, Pilar Montaner de Sureda, acogen generosamente en su villa al poeta, enfermo de cirrosis, de hipocondría, de anemia cerebral, de los nervios y de hastío, y le cuidan como a un amado niño difícil.

Rubén, en su hábito blanco de Cartujo, en la tranquilidad hospitalaria de esta villa de buenos amigos, piensa en su quiebra física, moral y económica: («No tendré cómo mantener a Francisca y el niño y yo aparte»). Y esta dificultad económica es parte de los obstáculos para la total conversión de su vida de pecado habitual, con sus responsabilidades de marido y padre amante. Camina con su «fe a tientas», a pesar de que en París, Francisca Sánchez, la campesina abulense, había sido, en los designios de Dios, «que escreve direito por linhas tortas», el lazarillo de Dios en su sendero, para retornarlo a la fe de su niñez.

El 26 de diciembre de 1913 abandona su apacible refugio con dirección a Barcelona. Juan Sureda (6) escribe desde Valldemosa, el

(5) ARTURO TORRES-RIOSECO: *Vida y poesía de Rubén Darío*. Emecé. Buenos Aires, 1944; p. 123.

(6) ARTURO TORRES-RIOSECO: *Loc. cit.*

día de la Epifanía de 1914, a un amigo: «Llegó Rubén muy neurasténico. Sólo en enfermedades graves que pudiera tener pensaba. Fue *serenándose. Escribió. Corrimos la isla*. En una visita que el 7 de noviembre hicimos a Pollensa..., «Rubén cenó con otro amigo y bebió en exceso vino, y después aguardiente». A la noche siguiente, después de un hermoso paseo en barca, «se entregó de nuevo al alcohol. Como una cuba me lo volví a Valldemosa... Es mi casa, señor, un hogar cristiano. Es esta isla de costumbres morigeradas... Gracias a Dios tengo una mujer en el servicio desde hace cuarenta años. Nos quiere con delirio. Es hermana de leche de mi mujer. Se llama Francina. Esta se constituyó en enfermera de Rubén. Dejó éste de nuevo el alcohol. Volvía a una buena vida. *Escribió prosa y versos*. De éstos, unos titulados "La Cartuja", que quizá es lo mejor que ha escrito. De forma impecable. Vino Navidad. Andaba ya algunos días alborotado ...Y el día de Navidad empezó a beber ron de una botella que él mismo compró y escondió en su cuarto. El 26 de diciembre me intimó su marcha a Barcelona». Antes de embarcarse en Palma, se perdió de casa y un médico de la ciudad tuvo que recogerle de la calle. Sureda lo embarcó avisando al cónsul dominicano en Barcelona para que lo recibiese y lo instalara en la casa de su amigo el ex presidente Zelaya. Llegado a Barcelona, durante un mes no bebe. Y escribe diáfananamente.

Después de estos dolorosos recuerdos, examinaremos los poemas mallorquinos de Rubén y luego su prosa. Para concluir con nuestra opinión sobre la religiosidad y la sinceridad de su conversión, a mi juicio permanente, duradera hasta la muerte, a pesar de las reincidencias posteriores en la bebida que terminó por destruirle.

En este breve ensayo de homenaje no entraremos en detalles de crítica interna y externa para señalar cuáles son los poemas ciertamente escritos en las Baleares y cuáles son los grados de probabilidad de que otros hayan sido también escritos en Mallorca. Indico las páginas de las *Obras completas*, de Aguilar, Madrid, edición de Méndez Plancarte, 1952.

«Revelación» (p. 792); «Canción de la noche en el mar» (1099); «Pájaros de las islas» (1102); «Visión» (801); «Sueños» (1166); «La vida y la muerte» (1104); «Los olivos» (1164-66); «La Caridad» (1103-1104); «Estrofas de Mallorca» (1167); «Mater pulchra» (1168); «Eheu!» (820); «Lírica» (851); «Vesper» (819); «Versos de otoño» (816); «La canción de los pinos» (818); «Tatn mieux» (850); «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones» (Anvers, Buenos Aires, París, terminada en Mallorca, MCMVI) (831-839); «La Cartuja» (919); «Valldemosa» (927); «Poema del otoño» (857); «La canción de los

osos» (936); «Los pájaros de las islas» (1102); «Danzas gymnesianas» (944-46); «Los olivos» (1164-66); «A Remy de Gourmont» (839); «Los motivos del lobo» (?) (939). Estos son los poemas mallorquinos.

Antonio Oliver Belmás escribe: «Pero en el fondo y a pesar de las crisis, Darío era puro como un niño. Esta pureza de alma donde se refleja mejor es en lo que escribió en Mallorca...» (7).

El primer poema que parece haber brotado del alma de Rubén al contacto con la naturaleza mallorquina es «Revelación», que comienza:

*En el acantilado de una roca
que se alza sobre el mar, yo lancé un grito
que de viento y de sal llenó mi boca:*

*a la visión azul de lo infinito,
al poniente magnífico y sangriento,
al rojo sol todo milagro y mito.*

*Yo sentí que sorbía en sol y viento
como una comunión de comuniones
que en mí hería sentido y pensamiento...*

Es el comienzo de la cura en saludes del poeta. La sal purificadora y el viento del espíritu.

Hay críticos que señalan una escasez de paisaje en las obras de Darío. No sé cómo no han sabido leer. No hace falta emborronar cientos de páginas con detallada descripción de la naturaleza, a la manera de los realistas, para encontrar paisaje. Desde los simbolistas y los modernistas—en español desde *Azul...*, de Darío—, el paisaje es evocado en pinceladas breves y con lenguaje simbólico. El paisaje ya no será más una «naturaleza muerta»; sino naturaleza vivida por el alma de un artista. Uno de los primeros poemas en que el paisaje habla al poeta hastiado de malsanos refinamientos urbanos, es la hermosísima «Canción de los pinos»:

*¡Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves...*

*Cuando en mis errantes pasos peregrinos
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón.*

(7) ANTONIO OLIVER BELMÁS: *Este otro Rubén Darío*. Premio de Biografía. Aedos. Barcelona, 1960.